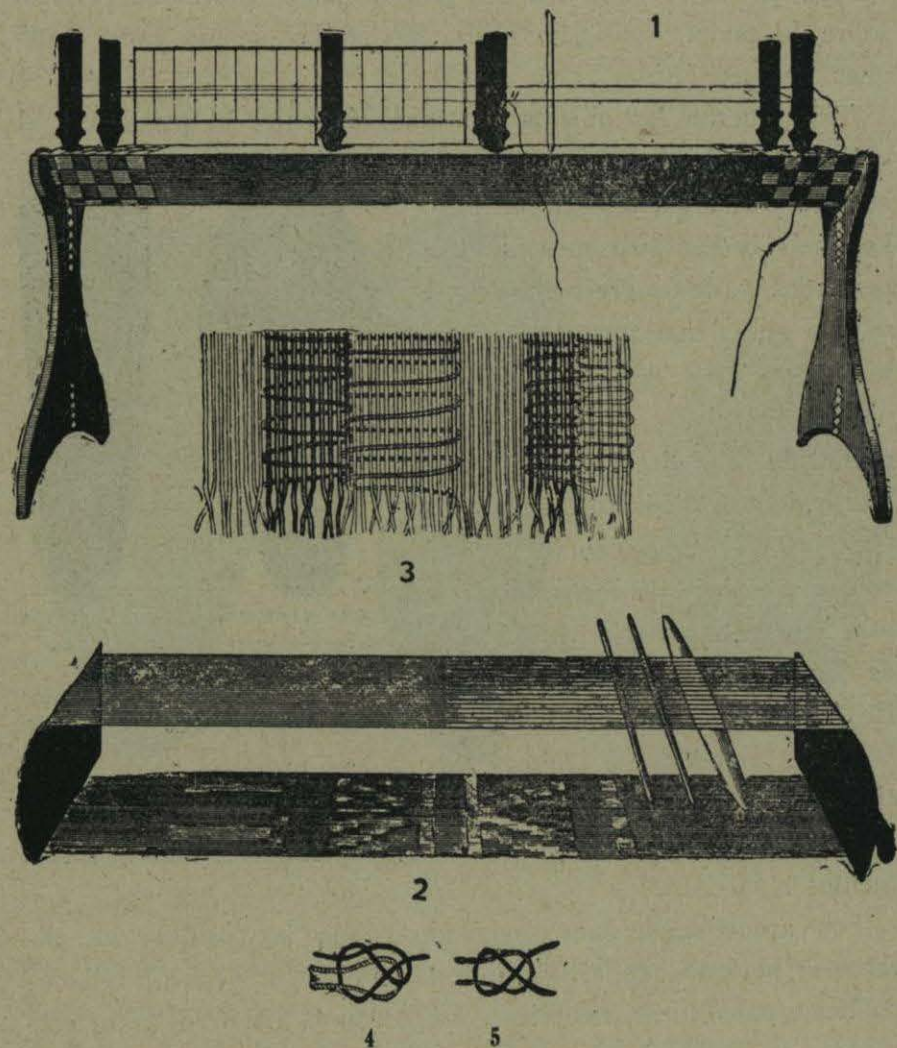


Suministrando guijarros, el suelo ofrecía armas; del mismo modo puede decirse que el primitivo tampoco tuvo necesidad de inventar las telas, puesto que la Naturaleza las da gratuitamente, a lo menos en las comarcas tropicales donde se pre-



TELAR PARA TEJER DE LA ISLA UALAN, ARCHIPIÉLAGO DE LAS CAROLINAS RECOGIDO CUANDO EL VIAJE DE *La Coquille* (1822-1825)

1. Urdidor.—2. Telar.—3. Trabajo de coloración, aumentado.—4. Nudo de los tejedores indígenas.—5. Nudo de los tejedores europeos.

sume que nacieron las razas humanas. Allí existen ciertas especies de cactus, de bananos y otras plantas de gruesas ramas que se rodean en la base en telas naturales de fibras entrecruzadas, que son realmente tejidos, modelos de aquellos con que el hombre se envuelve en el día. Esos tejidos pueden imi-



ALFARES EN LA CIUDAD DE KENEH, SOBRE EL NILO

Según una fotografía.

tarse hoy fácilmente, consolidados y comprimidos por la mano del hombre; no falta más que hacerlos duraderos, sea batánndolos para despojarlos de cuerpos extraños, sea empapándolos en una agua mordiente para librarlos de la descomposición. Ya en los tiempos prehistóricos hubo jóvenes audaces que aprendieron a imitar a la Naturaleza, entrelazando fibras recogidas y preparadas; después vinieron sucesivamente todas las simplificaciones de la industria, el telar en que se tienden, se cruzan y se entrecruzan los hilos dejando pasar en el entredós la trama que lleva la lanzadera, naciendo a continuación todos los esplendores de los tejidos, desde el lino, al algodón y a la seda.

Así también puede decirse que comenzó la alfarería sin la intervención del hombre, dado que ciertas placas curvadas de arcilla que se forman por efecto de la desecación solar, y las capas de barro depositadas por el agua entre las mallas de las redes¹, eran ya verdaderas vasijas de tan cómodo empleo, como las grandes conchas recogidas sobre las orillas. El agua vertida sobre un suelo apisonado lleva consigo a veces partículas finas de tierra que, una vez secas, presentan una cohesión suficiente para formar baldosillas utilizables. Natural era, pues, darles la consistencia deseada, extraerlas el agua por la presión e igualarlas con la palma de la mano. Según la dimensión de las construcciones proyectadas, la cantidad de materias o el volumen de agua que había de contener el vaso, se medía el tamaño del ladrillo o la capacidad del recipiente, luego se exponía al sol el objeto fabricado, que se endurecía poco a poco. La habilidad práctica y la experiencia, precisadas durante los años y los siglos de generación en generación, acababan por asegurar al trabajo toda la perfección que podía adquirir por la sola industria manual: lo plano del suelo daba el ladrillo, la redondez de la pierna formaba la teja.

Tarde o temprano había de unirse un poderoso auxiliar a la mano del alfarero. La mujer no estaba lejos del sitio en que su marido trituraba la arcilla; de cuando en cuando caerían por casualidad sobre el suelo, sobre los moldes y las vasijas de tierra ascuas y ramas encendidas; además el mismo hogar podía haber sido construido con ladrillos, y después de

¹ Elie Reclus, *Notes manuscrites*.

millares de observaciones voluntarias o involuntarias, no podría menos de notarse la acción del fuego y la diferencia producida por la cocción en la materia arcillosa: el arte del alfarero se había, pues, completado en sus elementos primitivos. En cuanto a la invención mecánica del torno, que tanto facilita el trabajo para dar precisión y elegancia a las redondeces de la vasija, sabido es que fué precedida por un movimiento de rotación que los alfareros daban a la bola de arcilla que amasaban entre las dos manos; tal es todavía el método practicado por las mujeres uolof para tornearse sus escudillas¹. En diversas comarcas y pueblos se ha conservado la antigua industria de las edades líticas entre los alfareros, especialmente en Or-nolac, en los Pirineos, y en las márgenes del Nilo.

Un descubrimiento esencial, el punto de partida de toda la mecánica, fué la invención de la rueda, acontecimiento capital cuyo mérito ignoran los arqueólogos a quién pueda ser atribuído. Lo cierto es que el Nuevo Mundo no conoció el carro hasta la llegada de los españoles; no se conocía allí más que el trineo, mientras que en el Mundo Antiguo vemos aparecer por todas partes, en los orígenes de la historia, el maravilloso aparato en que el hombre se coloca con su equipaje, compuesto de la caja montada sobre un eje entre dos ruedas que rechinan a cada tracción del motor, hombre o animal.

Esa conquista, junto con la de los metales, es la verdadera aurora del mundo moderno.

Los trabajos metalúrgicos no se han sucedido en todas las comarcas por el mismo orden, habiendo debido variar los métodos según la abundancia y la naturaleza del mineral, como también según los progresos anteriormente realizados por las diversas poblaciones. Así se observa que los salvajes ribereños del lago Superior, en la América del Norte, aprendieron a batir el cobre nativo de los yacimientos de Ontonagon y de Keweenaw para fabricar con él adornos y armas. También los Esquimales de la Groenlandia, que no sabían fundir los metales y que, por su industria habitual, estaban todavía en la edad de la piedra y de los huesos, utilizaban, no obstante,

¹ Lajard y Regnault, *Bull. Soc. d'Anthrop.*, sesión de 19 diciembre 1895, pág. 737.



HERREROS NEGROS DEL SENEGAL

De una fotografía (*Museum d'Histoire Naturelle*).

algo los trozos de hierro meteórico o nativo que encontraban en sus costas. Mientras que en la Europa occidental el orden de sucesión normal en el empleo de los metales se hizo del cobre al hierro pasando por el bronce—aleación de cobre y estaño,—los negros y los Uralianos comenzaron por el uso del hierro, y fueron quienes, por dos vías, las del Sud y del Este, fueron, como herreros, los imitadores de los «Arios» de Europa y de Asia.

Por lo demás, como observa Lenormant¹, el hierro meteórico, el fragmento de astro caído del cielo y que en un principio pudo creerse haber sido un presente especial enviado a su pueblo por un dios benéfico, debió de ser en muchos países el punto de partida de los trabajos de metalurgia. Ese metal que no necesita afinarse y que basta fundir para emplearle en la fabricación de toda especie de instrumentos, suministró

¹ *Les Premières Civilisations*.

a los inventores de aquellas lejanas épocas la ocasión «providencial» de tomar sus primeras lecciones sobre el tratamiento de los metales, como lo indican el nombre egipcio del hierro, *ba-en-pse*, «materia del cielo», y la antigua doctrina relativa al «firmamento», que se imaginaba como una bóveda de hierro cuyos fragmentos caen a veces a la tierra. También los griegos dieron al hierro un nombre (*sideros*), derivado indudablemente de una palabra aplicada al mundo «sideral»: para ellos, el hierro era un pequeño astro desprendido del empíreo. Este metal era conocido en Egipto desde los orígenes de la historia, puesto que se ha encontrado una barra de hierro fundido en el interior de la pirámide de Cheops; pero sea por desconfianza, relativamente a un objeto de fabricación moderna, sea por temor a los dioses lanzadores de meteoritos, los egipcios consideraban impuro el hierro; Typhon mató a Osiris con un arma de ese metal, y la herrumbre que, en un clima húmedo, corroe pronto el cuerpo metálico, era considerada como sangre condensada de aquel dios. Uno de esos antiquísimos instrumentos fabricados de hierro meteórico ha sido hallado por Schliemann en las ruinas de Troya¹.

Pero esos diversos trabajos del minero y del herrero permiten ya determinar, en la mayor parte de las civilizaciones locales, una edad bastante aproximada de los siglos conocidos o a lo menos entrevistos por el historiador: los arqueólogos tratan de fijar sus fechas, y este trabajo se les facilita cada vez más por la multitud de documentos que se reúnen en las colecciones. Buena prueba es Glasinaï, en Croacia, quien nos suministra objetos en cantidad de veintenas de millar de piedra, bronce y hierro.

Los progresos industriales de toda especie que se han realizado durante el período prehistórico, exceden seguramente con mucho en importancia a todos los que registra la historia propiamente dicha, y debían naturalmente solicitar la pasión, la alegría artística del trabajador, y, por consecuencia, dar nacimiento al arte, compañero necesario del trabajo libre.

En aquellas primeras edades en que las clases no estaban aún separadas y en que el gran cuerpo social sólo había parcial-

¹ Stanislas Meunier, *Revue scientifique*, 7 mayo 1896, pág. 584.

mente diferenciado sus órganos, el arte no tenía probablemente sus adeptos especiales que vivieran fuera de la comunidad. Cada cual era su propio decorador, su propio artista, del mismo modo que, respecto de todas las necesidades de la existencia, cada cual era su propio abastecedor, y en el peligro su propio campeón.

Cuando el primitivo se hallaba de acecho en la maleza esperando una presa para atravesarla de un flechazo, o se deslizaba arrastrando a través de las hierbas y las ramas para sorprender la caza en reposo, cuántas veces vería cuadros conmovedores que se grabarían fuertemente en su memoria: el poderoso felino avanzando prudentemente la zarpa y mostrando sus colmillos dispuestos a morder; el paquidermo que rodea un árbol con su trompa y le desarraiga de un tirón; el ciervo que yergue con orgullo su ramosa cornamenta en el claro del bosque. Cuando soñaba por la noche cerca de los tizones que despedían vagos resplandores, se le representarían de nuevo aquellas violentas impresiones, y para recordarlas siempre o representarlas a otros, las reproducía por el dibujo.

Un fragmento de sílex le servía para grabar la escena sobre el mango o el puño de su arma, cuyo precio aumentaba así indefinidamente; pero ese precio era completamente moral en aquella época: el arte, sincero y desinteresado, era por eso mismo el gran arte; el artista había aprendido a trabajar tan sólo para su propia alegría y la de los suyos: esculpía figuritas para la mujer que amaba y suspendía en el poste de la cabaña la efigie del abuelo o del animal tutelares, saliendo, como se ve, de las condiciones mismas de la vida y no tenía «super-hombres» por creadores, como se complacen en imaginar artistas contemporáneos infatuados con la idea de su propio mérito. Los iniciadores fueron iniciados por la Naturaleza, no mortales de origen distinto pertenecientes a un mundo «supraterrestre»¹.

En los momentos de ocio que les permitía el acecho de la caza y la satisfacción del hambre, buscaría el hombre otras manifestaciones del arte aparte de la escultura o el grabado del asta, del hueso, de la madera o de la piedra: unos colores, el ocre rojo o amarillo y el jugo espeso de ciertos frutos se

¹ Patrick Geddes, *Every Man his own Critic*, pág. 40.

encontraban a su disposición, y supo aprovecharse de ellos para pintar sobre las paredes lisas de las rocas los objetos que veía o las formas que complacían su vista.

Apenas hay pueblos primitivos que no hayan recurrido a la pintura para satisfacer su inclinación al arte, o bien, utilitariamente, para manifestar a aliados o a hermanos los hechos que necesitaban conocer para el común beneficio. Sin embargo, la mayor parte de esas pinturas, expuestas a las destructoras influencias de los meteoros, a la lluvia, al viento, al sol, al hielo y al deshielo de la roca, no han podido conservarse durante el curso de las edades, y casi todas se han borrado o desconchado, mientras que los objetos esculpidos o grabados se conservaban como en un joyero bajo los montones de tierra o de piedras. Hay comarcas en que la falta de rocas que ofrezcan lienzos al pincel del hombre y la extrema humedad impidieron a los naturales practicar el arte de la pintura, y, en este caso, perpetuaban sus pensamientos o transmitían sus mensajes a los pasajeros marcando los árboles o entrecruzando las ramas, pero, de todos modos, el arte y la necesidad de hablar a distancia quedaban satisfechos.

En el período cercano a nosotros las tribus, que suelen citarse como ejemplos de gregarias con civilización casi rudimentaria, se cuentan precisamente, gracias a la sequedad del clima y a la existencia de masas rocosas, en el número de los grupos humanos que han recurrido a la pintura.

En las márgenes del Grenal, en la Australia nord-occidental, el ilustre George Grey ha visto verdaderos cuadros en varios colores—blanco, negro, amarillo y rojo,—revestidos de una goma que forma barniz; pero el arte indígena ha desaparecido actualmente, puesto que hasta los artistas han sido asesinados.

Tampoco suelen verse ya en el Africa meridional pinturas permanentes sobre las rocas ennegrecidas—las obras han perecido con la raza de los artistas, Sañ o «gente de la maleza» (Bosjesmannen, Bushmen),—pero varias de esas obras de arte han sido transportadas a los museos de Maritzburg y de Bloemfontein, y reproducciones se encuentran en las importantes colecciones de Europa. La mayor de esas composiciones comprende treinta y ocho figuras de hombres y animales, pintados en cuatro colores. La escena representa una razzia de rebaños

hecha por los Bosjesmanes, perseguidos por cafres armados de escudos y de azagayas: las gentes de la maleza tienen arcos y flechas, y, según el cuadro, se sirven de ellos con buen éxito; todo parece indicar que éstos han de obtener la victoria¹.



En sus diversas manifestaciones, la pintura, como el grabado y la escultura, debían servir a varios fines. Primeramente a la necesidad de vivir con la naturaleza ambiente, de hacerla resaltar por sí misma después de haberla conquistado; fué también la relación de los acontecimientos, sea para el círculo estrecho de la tribu y para un corto período de la vida, sea para construir verdaderos anales durante un largo período de tiempo. Además, la pintura, particularmente sobre las pieles trabajadas por los salvajes de América del Norte, fué a veces una nomenclatura, un medio de contabilidad, como lo emplean todavía en muchos países civilizados los panaderos y proveedores diarios. Las formas pintadas tienen también un sentido simbólico

De una fotografía.

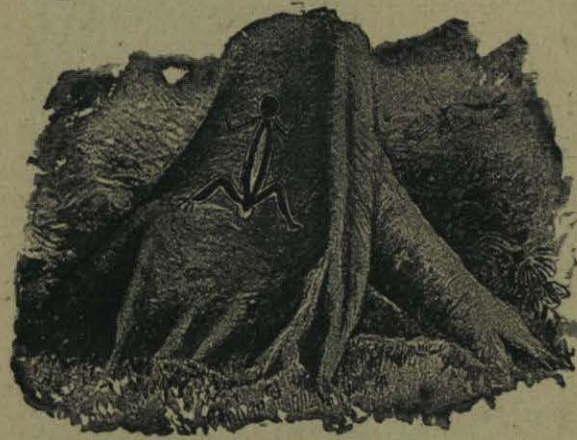
y se refieren a las imaginaciones del pueblo relativamente al más allá. Por último, es muy probable que en muchas circunstancias las figuraciones diversas practicadas sobre las pieles y las rocas constituyan una verdadera escritura ideográfica; desde este doble punto de vista han de ser especialmente estudiados como expresión del lenguaje.

Según el arqueólogo Piette, gran escrutador de cavernas, las pinturas de «la capa de cantos coloreados» que existe en los depósitos prehistóricos de la gruta del Mas d'Azil, sucediendo inmediatamente a la edad del reno, serían una especie de

¹ Weitzcker, *Atti del primo Congresso geografico*, vol. II, págs. 290 y siguientes.—Frédéric Christol, *Bull. de la Soc. de Géographie de Neuchâtel*, tomo IX, 1896-97.

jeroglíficos; son en su mayor parte bandas y círculos de color rojo, que parecen haber indicado nombres y representaban también hechos e ideas¹.

Del mismo modo, las inscripciones grabadas sobre las rocas del valle del Infierno y del valle de Fontanalba, inscrip-



CÓMO LOS INDÍGENAS DE NEU-LAUENBURG
(ARCHIPIÉLAGO BISMARCK, MELANESIA ALEMANA)
REPRESENTAN LOS FANTASMAS

Según una fotografía.

ciones que habían valido a unos lagos vecinos el nombre de «lagos de las Maravillas», no han dejado la menor duda en los que las han descifrado: las imágenes grabadas que representaban instrumentos, animales, trabajos de agricultura y que atestiguan las costumbres pacíficas de aquella antigua población de las montañas, no constituyen solamente un conjunto artístico interesantísimo, ha de verse también en ellas una especie de escritura simbólica². Como lo hace notar muy justamente von Ihering³, la escritura nació con la propiedad del ganado. Las marcas de color sobre la piel del buey vivo fueron los primeros signos de escritura, y las primeras tablillas de escribir se paseaban vivas por la pradera. La aplicación de la marca sobre la piel del buey viviente condujo al empleo de la piel del buey muerto para inscribir en ella hechos que se tenía empeño en recordar. El cuero se revistió de documentos escripturales: en él se consignaron los tratados entre las naciones y se escribieron leyes. De esos groseros materiales, que sirvieron a los primeros Judíos y a los primeros Romanos, nació después el uso del pergamino entre los letrados de Pérgamo.

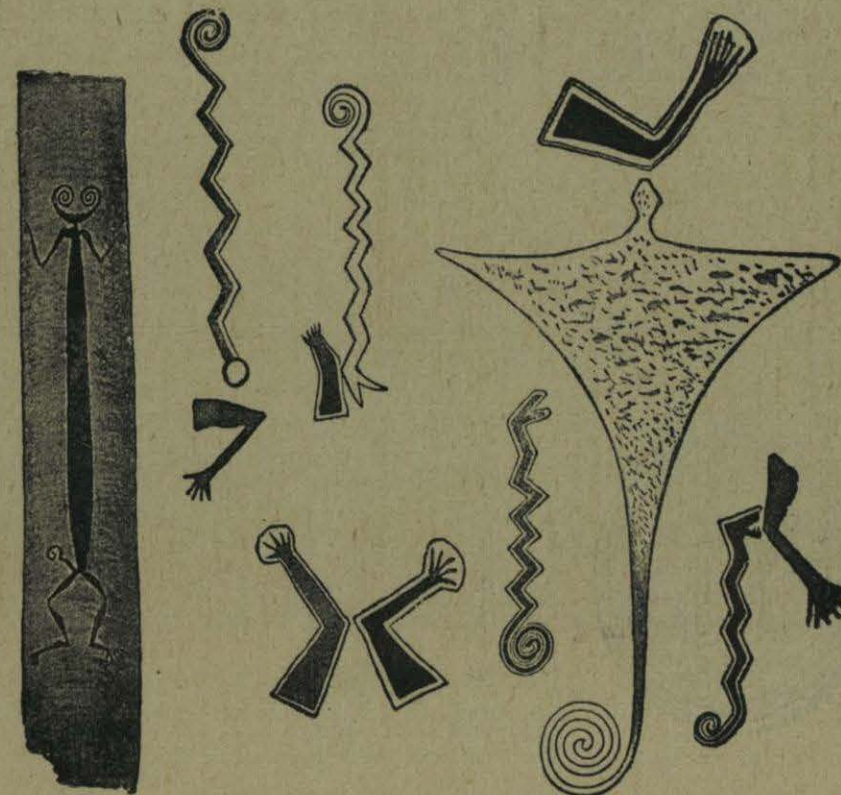
Indirectamente, las obras de arte dejadas por nuestros antepasados de la prehistoria han contribuido también a hacernos

¹ Ed. Piette, *Bull. de la Soc. d'Anthropologie de Paris*, sesión de 18 de abril 1895.

² Arturo Issel, *Le Rupi scolpito nelle alte Valli delle Alpi Maritime*, pág. 242.

³ *Des Indo-Européens avant l'Histoire*, trad. por O. de Meulenaere, pág. 29 y siguientes.

conocer algunos rasgos de la civilización durante aquellas edades lejanas. En ellas puede aprenderse vagamente cuáles eran los tipos físicos de los personajes puestos en escena; puede tratarse de clasificarlos según sus tipos y referirlos a tal o cual de las razas convencionalmente designadas como los elementos distintos del género humano. De ese modo, durante el primer período «glíptico», en los tiempos en que numerosos elefantes recorrían los verdes campos, la orilla de los lagos



DIBUJOS Y PINTURAS PRIMITIVAS DE NEU-LAUENBURG
(ARCHIPIÉLAGO BISMARCK, MELANESIA ALEMANA)

De una fotografía.

y de los ríos y hasta los altos valles que acababan de abandonar los hielos, derretidos por el tibio soplo del Mediodía, los artistas cincelaban el marfil con figuras de mujer, que en su mayor parte eran velludas y presentaban caracteres esteatopígicos como las «Venus hotentotes».

En época posterior, las poblaciones de los tiempos magdalenianos presentaban un tipo más aproximado al de los ha-